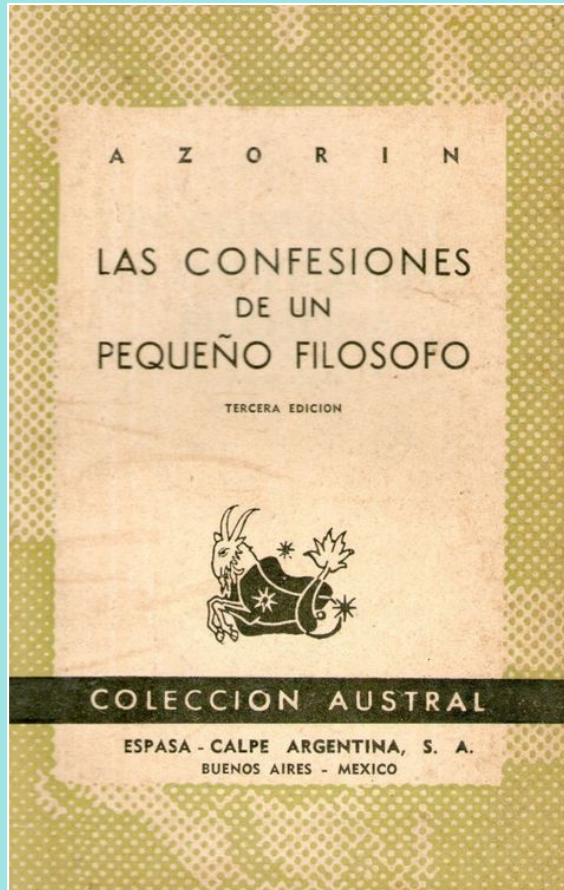


Territorios de interior desde la intimidad. Paisajes y paisanajes



Día del libro 2020
Un territorio, un libro

Antonio Martínez Puche, Universidad de Alicante



El libro de Azorín, que comparto con vosotros/as, está insertado en la geografía personal del que os escribe. Territorio conocido, “El Vinalopó”, y una población muy vinculada al parentesco consanguíneo materno. Mi madre nacida en Yecla, aunque criada y casada en Villena, pueblo alicantino y vecino del murciano. Paisajes recordados, aunque ya no tan reconocidos, porque forman parte de una obra de la primera etapa de su autor, cuando Azorín estudiaba el bachillerato en el colegio de los Escolapios de Yecla (Murcia), en el que permaneció interno ocho años, y que escribió en 1904 cuando ya ejercía de periodista en Madrid. Sin duda, el Vinalopó, tierra de frontera e interior, está presente. De hecho, al inicio de la obra, Azorín presenta pequeñas observaciones, en detalle, muy geográficas y poéticas del paisaje rural comarcal (“viñalicos, predrezuelas”), entreteniéndose también en una geografía humana y de familia, que desarrolla a lo largo de este libro. Hasta los objetos más diminutos tienen alma. Su padre, aunque natural de Yecla, fue alcalde de Monóvar, y su madre era nacida en Petrel. De hecho, llega a manifestar que “el verdadero Alicante, el castizo, no es el de la parte que linda con Murcia, ni el que está cabe los aledaños de Valencia; es la parte alta, la montañosa, la que abarca los términos y jurisdicciones de Villena, Biar, Petrel, Monóvar, Pinoso”.

Esta novela es un pretexto para desarrollar experiencias vitales y culturales del autor, tanto en el “Collado de Salinas”, donde la familia poseía una finca rural, como en su ciudad de acogida estudiantil. A esta primera etapa autobiográfica, también pertenecen las obras *La Voluntad* (1902) y *Antonio Azorín* (1903). No le gustaba el colegio, ni los frailes escolapios, a excepción de su admirado padre Lasalde. Incluso al final de la obra, reproduce el viaje en carro, que hacía en su infancia, desde Monóvar hasta Yecla, en que tomaba como viático una tortilla y unas chuletas fritas. Viendo desde lo alto del puerto pedregoso, “los puntitos imperceptibles del poblado, allá en los confines de la inmensa llanura con la cúpula de la iglesia nueva que irradia luminosa. Y he entrado después en la ciudad sombría”. Todo lo ve igual, las calles anchas, las iglesias, los caserones, las puertas grandes, los corrales con elevadas tapias... “Y por la tarde he pasado por las calles anchas y paseado por las huertas (···)”.